

JOSÉ ANTONIO JARA FUENTE
(Coordinador)

**EMOCIONES POLÍTICAS Y
POLÍTICAS DE LA EMOCIÓN**
LAS SOCIEDADES URBANAS EN LA BAJA EDAD MEDIA



Dykinson, S. L.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
JOSÉ ANTONIO JARA FUENTE	
MIEDOS EN LA FRONTERA DE GRANADA.....	17
JUAN FRANCISCO JIMÉNEZ ALCÁZAR Y GERARDO F. RODRÍGUEZ	
A EXPRESSÃO DAS EMOÇÕES NO CIRCUITO COMUNICACIONAL DA PERIFERIA PARA O CENTRO POLÍTICO (REINO DE PORTUGAL, INÍCIO DO SÉCULO XVI).....	37
ADELAIDE MILLÁN DA COSTA	
EMOCIONES POLÍTICAS EN LOS ESPACIOS URBANOS VASCOS DEL FINAL DE LA EDAD MEDIA: BILBAO Y VITORIA.....	61
SANDRA DE LA TORRE GONZALO Y JON ANDONI FERNÁNDEZ DE LARREA ROJAS	
<i>MOBIENDO BIENQUERENÇA NI MALQUERENÇA. EMOCIONES Y EXCLU- SIONES POLÍTICAS EN LAS SOCIEDADES URBANAS DEL CANTÁBRICO EN LA BAJA EDAD MEDIA.....</i>	79
JESÚS ÁNGEL SOLÓRZANO TELECHEA	
SOBRE NOBLES Y CONCEJOS: ACCIÓN POLÍTICA, CONFLICTO Y MIEDO (LA VILLA DE REQUENA EN EL SIGLO XV).....	107
JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ BENITO	
<i>CONFIANÇA DE UNOS A OTROS: DISCURSO Y REFERENTES EMOCIONA- LES EN LOS DEBATES ENTRE LAS CASAS DE VELASCO Y PIMENTEL POR LA CONSTRUCCIÓN DEL SEÑORÍO A COMIENZOS DEL SIGLO XVI.....</i>	127
ALICIA INÉS MONTERO MÁLAGA	

<i>CON GRANDE AMORE LEALTAT. LAS EMOCIONES AL SERVICIO DE LAS RELACIONES POLÍTICAS EN LA CASTILLA DEL SIGLO XV</i>	147
JOSÉ ANTONIO JARA FUENTE	
CONCENTRIC CIRCLES OF POLITICAL EMOTIONS? PROXIMITY AND DISTANCE IN MEDIEVAL TOWNS OF THE HOLY ROMAN EMPIRE	171
GISELA NAEGLE	
<i>BURGUNDIANS LET US SING JOYOUSLY. THE PERFORMANCE OF EMOTIONS IN PRINTED POLITICAL POPULAR SONGS: THE CASE OF THE ANTWERP SONGBOOK (1544)</i>	199
LINDE NUYTS	
SOBRE LOS AUTORES	225

PRESENTACIÓN

JOSÉ ANTONIO JARA FUENTE
Universidad de Castilla-La Mancha

En *Immortality*, Milan Kundera defiende que no somos el *homo sapiens* sino el *homo sentimentalis*: «a man who has raised feelings to a category of value. As soon as feelings are seen as value, everyone wants to feel; and because we all like to pride ourselves on our values, we have a tendency to show off our feelings»¹. Seguramente se trata de una visión que se ajusta más exactamente al ser humano contemporáneo que al medieval pero que no oculta, antes bien, enfatiza el papel fundamental que juegan y han jugado las emociones –Kundera habla de sentimientos– en nuestro existir. Y es que «[a]ll societies are full of emotions»². Como señala Martha Nussbaum, la vida cotidiana de toda sociedad incorpora un abanico de emociones –ira, miedo, simpatía, disgusto, envidia, culpabilidad, pena, diversas formas de amor– que en muchas ocasiones encuentran expresión como principios de cultura política, integrándose en mayor o menor medida en aquellos principios, contribuyendo a proporcionar estabilidad a la cultura y las prácticas políticas de cada sociedad³.

Nussbaum centra esa apuesta emocional en las sociedades contemporáneas, proyectando sus propuestas a un período que no va más allá del principio de la Edad Moderna, con la incorporación de lo que considera una visión más completa de las relaciones interpersonales y la conciencia humana, en una línea similar al proceso civilizador de Norbert Elias. Autores como Barbara Rosenwein han discutido la limitación de semejante planteamiento, aunque siempre desde una perspectiva básicamente afectiva de las emociones: «A history of emotions should be about how people felt [o, más bien, cómo podemos recuperar ese conocimiento a través de los instrumentos que nos permiten rastrearlo:] norms, codes, and modes of expression rather than feelings»⁴.

Desde esta perspectiva, que resulta una aproximación bastante general a lo que la historia de las emociones ha venido representando en las últimas décadas, las

¹ Referenciado en AIRA, 2020: 17.

² NUSSBAUM, 2013: 1.

³ NUSSBAUM, 2013: 1-3.

⁴ ROSENWEIN, 2006: 193.

emociones políticas en época pre-moderna apenas han concitado la atención de las corrientes historiográficas centradas en el análisis de lo emocional. Lo que no significa que no se hayan realizado estudios sobre emociones políticas en la Edad Media, sino que éstos, en la práctica generalidad de los casos, han sido abordados desde ópticas simplemente complementarias, atraídos por la capacidad explicativa de lo emocional⁵.

En todo caso, el problema al que nos enfrentamos a la hora de trabajar con emociones se encuentra en su propia concepción, en su definición a partir de planteamientos ligados a la neurología y la psicología modernas, que entienden la emoción como el resultado de un estímulo capaz de generar una reacción en el cerebro, que luego encuentra expresión en el cuerpo, produciendo, en el momento de su percepción por el sujeto, un sentimiento. Así, los sentimientos «son el modo en el que nos relacionamos con esa vertiente emocional de nuestro cerebro, las construcciones que hacemos tras experimentar ciertas emociones». De manera que no podemos aislar las funciones racionales del cerebro de las emocionales. Si las emociones son algo más químico, los sentimientos son el resultado de aplicar el filtro de la evaluación consciente⁶. Entre los sentimientos más frecuentes se encontrarían: el amor, el odio, la euforia, la indignación, el optimismo, la impaciencia, la admiración, la envidia, el afecto, el enfado, la gratitud, la satisfacción, la tristeza, el agrado, la venganza, o los celos⁷. El problema se encuentra en que no en todas las cronologías las categorías incorporadas a la noción «emociones» han sido coincidentes. De hecho, la concepción moderna de las emociones tiende a incorporar en ellas algunos sentimientos que con anterioridad no se concebían como tales sino como apetitos –caso de la gula–, como afectos –entre los que los sentimientos religiosos–, o como sentimientos –así, la simpatía–⁸. De esta manera, en la Edad Media –y en época Antigua y Moderna– las emociones no se racionalizan exactamente de la misma manera que en la actualidad, ni se identifican siguiendo los mismos criterios –la caridad, una emoción en la Edad Media, hoy representa sólo un sentimiento

⁵ Para un estado de la cuestión y un examen crítico de la historiografía implicada, con especial referencia al período medieval, véanse ROSENWEIN, 2002: 821-845 y 2003: 427-441. NAGY, BOQUET, 2008: 15-51. MATT, STEARNS, 2014: 1-13. STEARNS, 2014: 17-40. MOSCOSO, 2015: 15-27. JARA FUENTE, 2020: 17-49.

⁶ AIRA, 2020: 18; y LIVET, 2002: 59. No se trata de la única aproximación posible a las emociones. Para un examen de estas desde una óptica filosófica y, así mismo, contemporánea, véase BAIER, 1990: 1-29.

⁷ AIRA: 2020:18, citando a CARLSON, HATFIELD, 1992. Desde esta óptica, como señala Baier, dado que las emociones descansan en objetos formales específicos, la posibilidad de elaborar listas de emociones implica que podemos distinguir tantos objetos formales como somos capaces de distinguir diferentes tipos de emociones. Vid. BAIER, 1990: 1-29.

⁸ DIXON, 2003: 18-19. De hecho, el mundo medieval carece de un término específico para traducir el de «emoción/es», sirviéndose, a partir de San Agustín, de dos expresiones: *motus animae* (movimientos del alma) y *passiones animae*. Este segundo término alcanzaría una mayor difusión pues la noción de *passion* comportaba la idea de alteraciones del alma que debían ser controladas mediante la razón y la virtud, aunque no en todos los casos se trataba de afectos de naturaleza o implementación negativas –así, el amor propio o apropiado, incluso al conocimiento, y el amor excesivo, antinatural y desreglado–. Vid. DIXON, 2003: 39-48.

que, en la práctica y en buena medida, se encuentra descargado de afectividad⁹. En este sentido, la mayoría de psicólogos cognitivos concuerdan, por un lado, en que hay un conjunto de emociones básicas que todos compartimos –entre las que se encuentran el miedo y la ira, por ejemplo–, y, por otro, que dichas emociones se hallan sujetas a procesos de percepción y producción individualizados, en la medida en que aquellas se encuentran sujetas a la percepción que cada sujeto tiene de lo que le resulta positiva o negativamente relevante, generando, a partir de dicha percepción, diferentes clases de emociones incluso en situaciones similares. Frente a este modelo de base universal, el constructivismo social de la década de 1970 plantea que las emociones son simples constructos sociales y, por lo tanto, que las emociones se hallan formadas y conformadas por y en las sociedades en las que operan. Desde esta perspectiva y a diferencia de los psicólogos cognitivos, para los constructivistas sociales radicales no habría emociones básicas sino específicas de cada cultura y tiempo. De una forma o de otra, esto significa que cada cultura considera y opera las emociones y sentimientos, y las conductas aparejadas, desde su propio aparato socio-normativo, y que ejerce controles específicos, al tiempo que favorece ciertas formas de expresividad¹⁰.

En este sentido, Dixon señala que el número de pasiones y de emociones nunca ha sido fijo: Descartes lista 41 pasiones; Hobbes, 46; Spinoza, 48; y Hume, 20. Ya en los siglos XIX y XX, las listas de emociones han llegado en algunos autores al centenar. Y para el período Antiguo –en la medida en que influye en la producción medieval– y para la Edad Media, Rosenwein señala hasta 60 términos emocionales usados en Cicerón, la mayoría de los cuales se encuentran en la literatura altomedieval –así, la *Vulgata* de San Jerónimo–, e identifica hasta 66 emociones (*passiones animae*) y 7 marcadores emocionales en Santo Tomás¹¹.

El problema se complica al considerar la conexión de estas emociones –sentimientos y afectos– con el campo de lo político, y las consecuencias prácticas que tienen en dicho ámbito. Es lo que plantea una de las primeras investigaciones dedicadas a las emociones políticas en el período medieval –aunque en el marco de un estudio de proyección temporal extensa, que cubre hasta el siglo XIX–, en la que el análisis de la concepción del corazón como símbolo político –y religioso, y simplemente afectivo– y de las emociones políticas que surgen alrededor de él, se hacen girar alrededor de dos concepciones complementarias: de un lado, en el marco de la sociedad feudal, del don y el «contradon» que se encuentran en la base del contrato feudovasallático, y de la concepción del amor cortés que le servirá de fundamento ideológico; y, de otro, en el contexto de los siglos pleno y bajomedie-

⁹ Sobre la construcción de las emociones –de las pasiones y los afectos– en el período medieval en general, y especialmente en sus referentes teóricos –San Agustín y Santo Tomás–, véase DIXON, 2003: 26-61.

¹⁰ ROSENWEIN, 2002: 821-845. DIXON, 2003: 247. NAGY, BOQUET, 2008: 15-51. PIOLAT, BANNOUR, 2008: 53-84.

¹¹ DIXON, 2003: 18. ROSENWEIN, 2008: 93-106.

vales, de las concepciones ligadas al amor al monarca como elemento constitutivo de la lealtad al rey y del orden y la unidad políticos del reino¹².

En buena medida, los historiadores trabajamos con imágenes e incluso con sonidos –allí donde se dispone de ellos–, pero, sobre todo, con palabras. En el contexto de la relación política, del juego político, «[l]as palabras clave [también las imágenes] generan emociones, *despiertan* marcos conceptuales previos y son la antesala de las emociones», de manera que es a través de las emociones que se produce la comprensión global del marco conceptual y del acervo lingüístico que lo integra y permite descifrarlo¹³. De ahí la importancia que adquiere el análisis del lenguaje en el marco de cada cultura política concreta, del funcionamiento y representaciones que alcanza, que permiten examinar el modo en el que se concibe y desenvuelve la experiencia política de los sujetos, siempre teniendo en cuenta el contexto específico en el que ese lenguaje se produce y opera¹⁴. De ahí también la importancia de reconocer a las emociones, en general, y políticas, en particular, su propio recorrido histórico, su propia historia formativa y evolutiva, que obliga a considerar su correcto significado en cada cultura, en cada momento, especialmente, en el caso de las emociones políticas, en cada colectivo integrante del cuerpo político, lo que contribuye a proporcionar una visión más completa del modo en el que éste y aquellos se conciben, perciben y operan hacia su interior y en el marco de las relaciones políticas en las que participan en su exterior¹⁵. Es lo que Rosenwein ha categorizado como «comunidades emocionales», también políticas desde nuestra perspectiva, que concibe, siguiendo a Foucault, como

a common «discourse»: shared vocabularies and ways of thinking that have a controlling function, a disciplining function. Emotional communities are similar as well to Bourdieu's notion of «habitus»: internalized norms that determine how we think and act and that may be different in different groups¹⁶.

Unas comunidades emocionales que se encuentran integradas por una constelación de emociones que localiza en y examina a partir de las palabras, los gestos y los gritos o llantos que palabras e imágenes representan.

Aunque sin llegar a definir comunidades emocionales, este es el objetivo perseguido en esta obra, identificar el lenguaje emocional utilizado por los actores

¹² NAGLE, 1998: 41-74 y 165-182. Para lo que representa el amor en el contexto feudal, véase también VERDON, 2010: 255-274.

¹³ GUTIÉRREZ RUBÍ, 2019: 49-58 (la cita, en 52). Para este autor, el peso que tiene el subconsciente en la vertebración de los procesos de comunicación –un 95% de los cuales se realiza a través de él– justifica la construcción de la relación política como una experiencia emocional capaz de activar los mecanismos internos de comprensión y decisión, y de generar la respuesta que se persigue: la participación en una determinada decisión, voto, simpatía política/ideológica, etcétera. Sobre estos procesos, véanse LAKOFF, 2002; y LAKOFF, JOHNSON, 2009.

¹⁴ Con un carácter general, véase SMITH, 1997: 1413-1440. Y específicamente ligado a los estudios medievales, SPIEGEL, 1990: 59-86; y ROSENWEIN, 2008: 93-106.

¹⁵ MATT, STEARNS, 2014: 1-13.

¹⁶ ROSENWEIN, 2006: 25; y, de la misma autora, 2002: 821-845.

sociales en contextos esencialmente políticos, evaluando el modo en el que ese lenguaje emocional se adapta a las necesidades discursivas del contexto y de los agentes que construyen, perciben, se desenvuelven en el marco de esa emoción o agrupación de emociones. Y aunque el fundamento último de ese lenguaje sea la palabra escrita, la obra se abre también a la palabra cantada –y, en la medida de lo posible, a las propias melodías sobre las que aquella se desarrolla–, instrumento de acción política igualmente discursivo y con una capacidad significativa para generar respuestas emocionales, políticas, sin duda.

Por encima de todo y casi como no podría ser de otra forma, destaca la construcción político-emocional del miedo como instrumento legítimo o deslegitimado de la acción de gobierno. En «Miedos en la frontera de Granada», Juan Francisco Jiménez Alcázar y Gerardo F. Rodríguez ponen de manifiesto una doble percepción singularmente interesante de lo que este miedo representa desde la perspectiva de quien lo padece: de un lado, el miedo como medio de defensa destinado a evitar la represión del poder al incentivar la sumisión del actor; de otro, el miedo como mecanismo de aprendizaje que, en el caso de la Frontera, representa el temor a ser hecho prisionero y caer en cautiverio, lo que no sólo conduciría a desarrollar conductas defensivas solidarias en el seno de las comunidades de frontera sino, además, estados de alerta capaces de minimizar el riesgo de la prisión –y la esclavitud o la muerte– y de someter, así, a control el propio miedo. De esta manera, el miedo no representa sólo una actitud o conducta pasiva sino que puede aparecer revestido de naturaleza proactiva. Por su parte, Adelaide Costa, en su estudio dedicado «A expressão das emoções no circuito comunicacional da periferia para o centro político (reino de Portugal, início do século XVI)», observa un uso indiferenciado de las nociones «miedo» y «temor», con preferencia por la última, y ello en un contexto de correspondencia entre el poder central y los poderes locales, producto, en general, del descargo ordinario de las actividades de gobierno. Este uso indiferenciado resulta particularmente interesante pues se distingue claramente de lo que sucede en Castilla, donde el miedo obedece a un marco de relaciones políticas regladas y, el temor, a otro de relaciones desregladas, excesivas y reprobables. También el miedo, ahora a los bandos y a la violencia física y el desorden político de los que aquellos eran responsables, articula el estudio que Sandra de la Torre Gonzalo y Jon Andoni Fernández de Larrea Rojas dedican a las «Emociones políticas en los espacios urbanos vascos del final de la Edad Media: Bilbao y Vitoria»; pero no sólo el miedo a los bandos, así mismo al sistema político urbano, ordenado, reglado, y «opresor» de las comunidades campesinas circundantes, entre las que sus políticas de control del espacio rural generan las consiguientes emociones de rechazo. Un sistema reglado cuya aspiración a la cohesión política y a la no contestación le conducen a promover modelos emocionales de conducta: desde el antisemitismo, a actitudes emocionales solidarias y al rechazo y persecución de las conductas contrarias, excesivas, perniciosas para el correcto desenvolvimiento del cuerpo político urbano. Jesús Ángel Solórzano Telechea, en «*Mobiendo bienquerença ni malquerença. Emociones y exclusiones políticas en las sociedades urbanas del Cantábrico en la Baja Edad Media*», se sirve, así mismo, del análisis del lenguaje y las políticas del